

Misión y experiencia de salvación

ANTONIO VILLARINO R.*

RESUMEN

La experiencia de salvación es, como todo lo humano, una experiencia limitada, perfectible, en proceso, que dista mucho de ser absoluta o definitiva. Las doctrinas pueden ser absolutas, bien definidas en todos sus términos; las experiencias humanas no están nunca totalmente definidas, permanecen siempre abiertas a nuevos aportes y enriquecimientos. Desde ahí, no desde las teorías más o menos elaboradas, es posible vivir la misión en diálogo con otras ofertas de salvación, sin absolutismos ofensivos ni relativismos vacíos.

Abstract

The experience of salvation, as everything that is human, is limited, imperfect, in process. It is far away from being absolute or definitive. Doctrines can be absolute, well defined in all their terms; human experiences are never totally defined, they are always open to new incomings and enrichments. It is from there, not from well elaborated theories, that mission in dialogue is possible, avoiding both offensive absolutism and empty relativism.

* Misionero comboniano. Licenciado en Comunicación de la Universidad Complutense de Madrid; Bachiller en Teología de la Universidad de Salamanca. Director de la revista *Iglesia sin Fronteras*. Dirección: Carrera 16 A No. 53-A-14. Correo electrónico: ljaim@multi.net.co

Uno de los ejes centrales de la declaración *Dominus Iesus* es el de la salvación, relacionada, por un lado, con la cristología y la eclesiología y, por otro, con la antropología y el estudio de las religiones comparadas.

Se trata de un tema que parece estar llamado a ser fundamental en la reflexión teológica del siglo XXI y, sobre todo, en la acción misionera de la Iglesia en esta nueva etapa de la humanidad. Esa es la razón por la que este documento concierne no sólo a los teólogos, sino también a los misioneros, algunos de los cuales se han mostrado satisfechos (Ratzinger ha dicho que varios misioneros lo han felicitado, afirmando que por fin saben a qué atenerse), mientras otros consideran que se socavan las bases del espíritu misionero moderno, cuyas leyes fundamentales incluyen el respeto a todas las religiones y culturas, el testimonio humilde y el diálogo alejado de toda prepotencia propia de épocas coloniales.

Una de las características más marcadas de nuestro tiempo es precisamente que las diferencias culturales y religiosas, acumuladas a lo largo de siglos de historia de una humanidad dividida por múltiples barreras físicas y sociales, conviven ahora en un mismo espacio global. Las religiones, que pretendían ser absolutas en el ámbito de la aldea, de la tribu o de la región, conviven ahora con otras religiones que tienen las mismas pretensiones. Puestas a convivir, competir y ser comparadas en esta especie de «supermercado» global en que se ha convertido el planeta Tierra, surgen preguntas tales como: ¿Cuál de ellas tiene razón? ¿No la tiene ninguna? O ¿será que la tienen todas?

La tentación de nuestro tiempo, insiste el cardenal Ratzinger desde hace años, es el relativismo, el considerar que todos los productos religiosos que ofrece el actual supermercado global tienen el mismo valor o, quizá por ello mismo, ningún valor definitivo. Todo depende del cristal de la gafa con qué se mire.

¿VOLVER A LA ORTODOXIA?

Frente a esta tentación, el cardenal levanta el muro de la ortodoxia, de la doctrina claramente enunciada desde siempre. Esta doctrina ha sido meridianamente recordada, una vez más, en la declaración de acuerdo entre la Congregación de la Fe y el padre Jacques Dupuis, el teólogo que más ha ahondado en el tema en los últimos tiempos.

Permítanme recordar las ocho verdades de fe que se afirman en esta declaración, cuya brevedad y contundencia pueden ser más expresivas que la misma *Dominus Iesus*. Estas verdades, enunciadas en mi propio lenguaje, son:

- Jesucristo es el mediador único y universal de la salvación;
- Jesús de Nazaret es el Hijo y el Verbo del Padre;
- Jesucristo es mediador, cumplimiento y plenitud de la revelación;
- los valores de otras religiones derivan, en última instancia, de la mediación fontal de Jesucristo;
- el Espíritu Santo es siempre el Espíritu de Cristo;
- la Iglesia es signo e instrumento de salvación para todos los hombres;
- los seguidores de otras religiones están llamados a formar parte de la Iglesia;
- no tiene fundamento considerar otras religiones como vías de salvación.¹

ALGUNAS REFLEXIONES DESDE LA MISIÓN

¿Cómo reaccionar ante estas tomas de postura de la máxima autoridad de la Iglesia Católica en materia de diálogo interreligioso?

Por una parte, me parece que sería absurdo escandalizarnos de una doctrina que ha sido afirmada por siglos. Esa es la doctrina de la Iglesia Católica, muy afianzada en múltiples textos bíblicos. Pero, por otra, todos nos sentimos mal ante ese tipo de afirmaciones y el católico de a pie termina por dejarlas entre paréntesis (algo así como lo que la mayoría hace con la doctrina oficial en moral sexual, si se me permite la comparación). Por lo que respecta a los misioneros, la mayoría continúa su labor haciendo el bien en pequeña escala, dejando a Dios el tema de la salvación y sabiendo que difícilmente nadie se convierte por una clase de teología, sino por un testimonio de amor.²

1. Cfr., Zenit, 26 de febrero de 2001.

2. Durante mi estancia en Ghana (África occidental), he bautizado a muchos adultos, personas que decidieron hacerse católicas consciente y voluntariamente, dejando otra situación religiosa. Alguno de estos bautismos fueron experiencias entrañables, como

Al leer la *Dominus Iesus*, desde el trasfondo de mi experiencia y de mi vocación y compromiso con la misión, más allá de las fronteras de la Iglesia, me gustaría hacer las siguientes anotaciones.

1. La misión es consustancial con la vivencia cristiana

Un breve recorrido por el Nuevo Testamento bastará para refrescarnos la conciencia de que la Iglesia nació misionera, es decir, con la convicción de que Jesús la envió a predicar su mensaje por todas partes.

El Evangelio de Mateo termina con un explícito e inequívoco mandato misionero de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.»³

Marcos, además de recoger el mismo mandato, concluye con la siguiente constatación: «Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban.»⁴ El tercer Evangelio sinóptico, el de Lucas, se completa con el libro de los Hechos de los Apóstoles, en el que se describe ampliamente la expansión misionera de las primeras comunidades de discípulos de Jesús.

Juan, por su parte, da testimonio de las palabras del Resucitado: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.»⁵

De hecho, a lo largo de veinte siglos de cristianismo, miles y miles de misioneros y misioneras han cruzado mares y ríos, montañas y valles, han arriesgado sus vidas y afrontado penalidades sin cuento, aceptando frecuentemente el martirio y dando hasta la última gota de su sangre para cumplir con este mandato misionero de Jesús.

el de María Fianú, que me repetía: «Quiero vivir bajo la luz del Dios grande.» Pero en ningún caso estos bautizados hacían grandes declaraciones teológicas. María Fianú tenía dificultad para encontrar la diferencia entre Jesús y María, ambos nombres extraños para ella.

3. Mt. 28, 29.
4. Mc. 16, 20.
5. Jn. 20, 21.

2. La duda ha entrado en nuestra época

A pesar de esta claridad que hay en el Nuevo Testamento y en la tradición eclesial, hoy las dudas corren a raudales por las conciencias de todos nosotros, hijos del siglo XX, herederos de los que se han llamado «maestros de la sospecha». El mismo Juan Pablo II recoge estas dudas en la encíclica *Redemptoris missio*:

¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizás por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué entonces la misión?⁶

Nuestro paradigma, el que estamos viviendo en nuestra época, se caracteriza, entre otras cosas, por fuertes dudas y notables ambigüedades. Por un lado, la dimensión misionera se considera como algo adquirido para la conciencia universal de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II y lo «misionero» tiene mucho prestigio en la sociedad civil. Pero, por otro, se ha agudizado la duda y la confusión sobre la razón de ser y el objeto mismo de la misión.

Una de las razones de la actual confusión es que la misión lleva muchos siglos unida al espíritu colonizador de los pueblos europeos, con lo que eso conlleva de connotaciones equívocas. De ahí que sean frecuentes preguntas que se pueden expresar también de la siguiente manera:

- ¿No es el momento de acabar con la misma idea de misión que para muchos va irremisiblemente unida a la idea del fanatismo religioso y de un orgullo imperdonable?
- ¿No es incompatible la misión con el ecumenismo, el diálogo interreligioso, el respeto a las diversas culturas, la autonomía moral de cada persona y de cada grupo humano? ¿Con qué derecho quiere un grupo de personas imponer a otros sus propios caminos religiosos? ¿No son igualmente respetables los muchos y buenos líderes religiosos de la humanidad?
- ¿Puede un cristiano dirigirse a un colega de trabajo musulmán, o a un vecino de barrio agnóstico, y decirle sin más que «sólo en Cristo se encuentra la salvación», sin que la frase suene a fanatismo trasnochado o verborrea

6. RM 4.

aprendida en algún libro? En todo caso, ¿cuál sería el significado concreto de esa frase para alguien de otro entorno religioso?

- ¿Puede un misionero en la India o en Egipto expresarse en esos términos, sin que le tachen de orgulloso y provocador? Más aún, ¿serían sus palabras «Buena Noticia» para el que las escucha?

Es decir, nuestra época es una gran ocasión de replantearse muy a fondo el por qué, el para qué y el cómo de la misión. Quizás uno de los frutos de este documento, si no miramos para otro lado, puede ser el que nos ayude a expresar mejor en qué creemos y cómo lo creemos y si eso es Buena Noticia para otros o simplemente un ejercicio de influencia colonial.

3. La misión tiene que ver con la salvación

Antes de intentar dar respuesta a estas preguntas sobre la validez de la misión, es imprescindible aclararnos un poco sobre la relación de la misión con la dimensión de la *Dominus Iesus* que hemos decidido tocar en este aporte, el de la salvación.

El evangelista Marcos, al recordar el mandato misionero de Jesús, dice: «El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará.»⁷ Con ello, la tarea misionera aparece íntima y dramáticamente ligada al problema de la salvación. Por ello no se puede hablar de la misión sin antes aclarar qué entendemos por «salvación». Pero ahí está quizás, una de las cuestiones de fondo: ¿Qué es la salvación? ¿De qué estamos hablando?

En efecto, el concepto de «salvación» es fundamental para entender la misión de la Iglesia, aunque muchos, incluidos los mismos misioneros, tienden hoy a evitar la palabra, quizás porque se ha hecho en los últimos tiempos bastante ambigua. Ambigüedad que ha recaído naturalmente sobre la misión misma.

No vamos a entrar ahora en un análisis de la evolución histórica del término y del correspondiente concepto teológico.⁸ Para nuestro propósito basta recordar que prácticamente hasta el Vaticano II se invitaba a los jóve-

7. Mc. 16, 17.

8. Entre otros, David Bosch dedica algunas páginas de su libro *Transforming Mission* (Orbis Books, New York, 1992) a hacer este análisis.

nes a unirse a los institutos misioneros «para salvar almas» que, de lo contrario, se condenarían eternamente. Salvase era básicamente «ir al cielo» y escapar de la condena eterna.⁹ Por eso merecía la pena cualquier sacrificio y por eso había que aprovechar cualquier ocasión para bautizar incluso a los niños en las maternidades, como de hecho se hacía hasta los años sesenta.

Pero desde la Ilustración y la difusión del secularismo se plantearon -de manera cada vez más radical y decidida, sobre todo, en el mundo europeo, que hasta ahora era la patria de los misioneros- cuestiones que atacaban a la raíz misma de este concepto de salvación y, por tanto, de la misión y de la misma Iglesia. David Bosch explica, en su importante libro titulado *Transforming Mission*, el impacto de la Ilustración y del Modernismo, movimientos culturales que proponen una salvación desde el interior de la humanidad, en los siguientes términos:

Salvación significaba ahora liberación de las supersticiones religiosas, atención al bienestar humano, progreso moral de la humanidad. Emergió una soteriología alternativa... La salvación siguió siendo la fuerza motivadora en la vida de la gente moderna, pero se la había redefinido radicalmente.¹⁰

La reacción de la Iglesia y del mundo misionero ante este desafío modernista fue doble:

La primera reacción -en círculos católicos y protestantes- fue la de seguir definiendo la salvación en los términos tradicionales, ignorando, por así decir, los desafíos de la Ilustración y procediendo como si nada hubiese cambiado.

La segunda reacción fue la de intentar tomar estos desafíos seriamente, también por lo que respecta a la comprensión de la salvación. Una manera en la que se «salvaba» la cristiandad fue rechazando el punto de vista según el cual Jesús murió sustitutoriamente por la humanidad para propiciar a Dios. Jesús era más bien el ser humano ideal, un ejemplo a emular, un maestro moral. No se ponía en el centro la persona de Jesús, sino la causa de Jesús; el ideal, no el que encarna ese ideal; la enseñanza (particularmente el sermón del Monte), no el Maestro; el Reino de Dios, pero sin el Rey.¹¹

-
9. Recuerdo muy bien las meditaciones sobre el «sitio» (tengo sed) de Jesús en la cruz; Jesús estaba sediento de las almas que caían a montones en el abismo infernal. Y eso motivaba a muchos de nosotros a hacer cualquier cosa por las misiones. Era una tarea sagrada y maravillosa.
 10. BOSCH, DAVID, *Transforming Mission*, Orbis Books, New York, 1992, p. 395.
 11. *Ibidem*, p. 395.

En la práctica, muchos misioneros -así como otros agentes pastorales dentro de la Iglesia- no entran en la discusión de los planteamientos teóricos, pero «parquean» los aspectos de la salvación más escatológicos y espirituales, para centrarse en la dimensión social.¹² Si se analizan, aunque sea someramente, los folletos de presentación de los institutos misioneros, o se escuchan los testimonios de misioneros, no es difícil percibir esta presentación de la misión casi exclusivamente como acción social en favor de los pobres y marginados. Para muchos, la Iglesia aparece más como una agencia de desarrollo que como un instrumento de acercamiento a Dios.

Hay que reconocer que, dada la tremenda injusticia social que reina en nuestro mundo, no es posible vivir el Evangelio y anunciarlo sin una referencia radical a esa injusticia estructural de nuestro mundo. Como ha dicho el teólogo ugandés John Waliggo, para los occidentales (herederos de un mundo crecido sobre la esclavitud, la colonización y la explotación sistemática de otros pueblos) sólo queda un modo de ser cristianos: convertirse radicalmente y ponerse del lado de los oprimidos y esclavizados.

Pero, en el fondo, ¿no es una trampa para la misión el que se la presente apenas como un movimiento filantrópico del que se hace desaparecer la raíz de fe que le da vida? ¿No es una confusión parecida a la que se hizo en otros tiempos entre evangelización y civilización? ¿No estamos cayendo en la trampa del materialismo, tan típico precisamente de una cultura construida sobre el interés inmediato como valor supremo, por encima de todo?

En efecto, desde los años setenta, coincidiendo con la crisis ecológica, el resurgir de los integristas y el sentido de precariedad de la modernidad, se empieza a producir una cierta inflexión y cambio de perspectiva. En los círculos misioneros se habla cada vez más de que el objetivo de la misión es una salvación entendida de manera «comprehensiva», «integral», «total», «universal», superando los diferentes dualismos.

La literatura y la práctica misionera enfatizan que hay que encontrar un camino que supere toda posición esquizofrénica y servir a la gente en su necesidad total, lo que debería implicar en nuestro ministerio de salvación individuo y sociedad, espíritu y cuerpo, presente y futuro.¹³

12. Hay que reconocer que, por el contrario y quizás como reacción a esta postura, algunos grupos de Iglesia han vuelto a enfatizar la necesidad de la salvación eterna y de una conversión de tipo individualista y espiritualista.

13. BOSCH, DAVID, *Transforming Mission*, p. 399.

Hay que redefinir, por tanto, el concepto de salvación, para entenderla de manera integral evitando los distintos reduccionismos. Podemos afirmar de manera somera, pero suficiente para la reflexión que estamos proponiendo, que la salvación, entendida desde la perspectiva cristiana, es una respuesta al conjunto de las necesidades humanas (materiales, psicológicas, sociológicas, de trascendencia). El ser humano es único, no está dividido en compartimentos separados. Por eso la salvación tiene que ver con la salud y la enfermedad, el pan de cada día, la sed, el vestido y la vivienda, las relaciones humanas, la educación, la ecología, la necesidad de encontrarse con el Yo absoluto y trascendente que es Creador y meta de todo viviente, los gozos del progreso y las tristezas del fracaso, el trabajo, la niñez y la ancianidad, la masculinidad y la feminidad...

En definitiva, me parece que hay que rescatar la dimensión trascendente de la salvación, pero sin olvidar la inmanente. En cuanto a la salvación trascendente, eterna, hay una pregunta para la que todos tenemos respuesta, pero que parece olvidarse a la hora de hacer teología: ¿Alguien ha prometido al católico una mayor seguridad de salvación que la que tiene un musulmán?

En lo que se refiere al camino salvífico de la raza humana, se me ocurren algunas preguntas muy simples, pero fundamentales para nuestra reflexión: ¿Es la instauración de las ocho horas de trabajo laboral un hito importante en la historia de la salvación, sí o no? ¿Lo es la invención de la penicilina y tantos otros hechos parecidos?

4. Estas reflexiones llevan a otra pregunta: ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que Jesucristo es el «único Salvador»?

Si aceptamos el concepto de salvación, al que nos hemos referido someramente, la pregunta siguiente es: ¿De dónde o de quién viene esta salvación? ¿Qué papel juegan en ella las diferentes religiones? ¿Es Jesucristo la raíz última de todo camino salvífico? La respuesta cristiana está clara, como nos lo recuerda el documento que comentamos. Se trata de una afirmación repetida, de una forma u otra, a lo largo de la historia de la Iglesia:

Dios le exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre.¹⁴

Poner en duda o relativizar esta afirmación es tocar uno de los pilares básicos de la dimensión misionera de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, esa afirmación crucial choca con otras igualmente importantes en el conjunto de la misma fe cristiana (por ejemplo, «Dios quiere que todos se salven»¹⁵) y, sobre todo, hoy choca con el sentido común de los hombres y mujeres de nuestro tiempo: ¿Cómo puede decirse a un hindú, a un musulmán o a un anciano africano que sólo se salvan los seguidores de Jesucristo? ¿Qué pasa con los santos varones de todos los pueblos que no han conocido a Jesucristo? Cuando en el norte de Uganda una enfermera no cristiana arriesga su vida para curar a los enfermos de SIDA, lo hace, sin duda, movida por el Espíritu de Cristo, que le infunde el amor del Padre de todos. Pero ¿tiene su experiencia de salvación algo que ver con la experiencia humana de Jesús de Nazaret?

5. Límites de las teorías teológicas

Frente a estas contradicciones de la doctrina oficial de la Iglesia, en los últimos decenios han surgido teorías teológicas (exclusivismo, inclusivismo, reinocentrismo, teocentrismo, etc.) bien conocidas y que ahora no tenemos tiempo de tratar. Pero -si se me permite la expresión- a mí, como misionero y periodista, me dan la sensación de que nos quieren hacer tragar la idea del círculo cuadrado. Se pretende hacer compatibles dos afirmaciones contradictorias, aunque sin contentar a nadie. El padre Dupuis es uno de los que más han avanzado en este terreno tan difícil. Frente a ellas se ha alzado una vez más la voz de Roma que estamos comentando.

Por mi parte, pienso que estas teorías cumplen una importante función teórica y pueden ayudar a verbalizar realidades y conceptos difíciles de explicar. Pero, vistas desde la vida, dejan un cierto sabor a «amaño» de laboratorio teológico o de un lenguaje eclesial difícil de comprender, si se lo compara con las realidades de la pertenencia eclesial.

14. Fil. 2, 9-10.

15. 1Tim. 2, 4-5. Esta afirmación va unida a otra en la que se establece la mediación única de Cristo, por lo que evidentemente deben entenderse en relación mutua.

Quizás el problema consiste en que todas estas teorías se mueven en el campo de una cierta «metafísica», que puede ser muy interesante y hasta fascinante. Pero, a mi juicio, ese camino es estéril, ya que estamos tratando de realidades que no se pueden encerrar en supuestas filigranas teóricas. Lo que hace falta, me parece, es un planteamiento más histórico, más concreto y cercano a las experiencias ordinarias de cualquier creyente. ¿Cómo saben, en el sentido de «saborear», los cristianos que Jesucristo es el salvador universal? ¿Cómo experimentan eso que anuncian? ¿Cómo se compagina eso con lo que otros testimonian de la salvación que experimentan en otros caminos religiosos?

Es interesante notar que al entrar en este campo, el concepto de salvación se vuelve reduccionista. Parece que la salvación se identifica específicamente con «ir al cielo», «salvarse eternamente», ser rescatado del pecado original (no experiencial), etc. En todos estos casos se trata de algo que resulta imposible discernir o comprobar en la experiencia, sujeto por tanto a cualquier mistificación, fanatismo o relativismo. Porque no creo que nadie niegue que en lo que podríamos llamar «salvación intramundana» intervienen claramente muchos no cristianos.

Se dirá, por otra parte, que la fe no es cuestión de experiencia. Hasta cierto punto, así es. Pero si la fe no tiene ninguna conexión con la experiencia humana (del que la propone y del que la recibe), sería totalmente inútil la acción misionera. Como dice el apóstol, tenemos que dar razón de nuestra esperanza. Ahí tiene que radicar el lazo de enganche entre la experiencia cristiana y la de otros.

6. La misión anuncia y busca una experiencia de salvación, no una doctrina

La *Dominus Iesus* recoge, con un lenguaje más o menos acertado, la doctrina establecida de la Iglesia, lo cual no obsta para que hoy resulten duras a un oído moderno, al que le repugnan las afirmaciones rotundas y excluyentes. ¿Qué hacer entonces?

Por un lado, negarlas o esconderlas bajo formulaciones más ambiguas no ayudaría demasiado a un diálogo sincero y auténtico con otras religiones, aparte de crear en el católico una cierta esquizofrenia. Pero, por otro, tampoco se las puede mantener desde una postura cerrada, que pretendiese ignorar

que el mundo y mucho menos Dios pueden ser reducidos al ámbito de lo cristiano, como ya hemos dicho más arriba.

El conflicto puede parangonarse al que existió en algunos momentos entre fe y ciencia: la *Biblia* dice que Dios creó el mundo en seis días, pero la ciencia asegura que eso no es posible. ¿Contradicción? No. Sólo es cuestión de entender mejor la fe desde la humildad, de no tapar el sol con un dedo. De la misma manera, la *Biblia* dice que Jesucristo es el único salvador, mientras la experiencia nos dice que los hombres encuentran múltiples caminos de salvación sin conocer ni amar a Jesús de Nazaret. ¿Contradicción? No. Sólo es cuestión de humildad y de no tapar el sol con un dedo, esperando quizás a que el tiempo nos vaya aclarando las contradicciones del momento.

A mí me parece que para evitar relativismos vacíos, por una parte, y arrogancias ciegas, por otra, es importante alejarse del campo de las teorías más o menos elaboradas, precisas pero inmóviles y alejadas de la vida, y volver la mirada hacia el campo siempre refrescante, concreto y verdadero de la experiencia vital. Esto no supone renunciar a los principios y a la doctrina adquirida, sino entenderla desde la realidad, al mismo tiempo que ésta es iluminada por la doctrina.

Los discípulos de Jesús y de los Apóstoles no escribieron tratados de teología sistemática, sino que vivieron y expresaron con entusiasmo -y usando ciertamente categorías teológicas de su tiempo- una experiencia, única e irreplicable, de amistad, iluminación, perdón y renovación personal con, en y por Jesús de Nazaret. En Él percibieron una presencia única y definitiva del Dios de sus padres y una gran esperanza para toda la raza humana. Desde esa experiencia de salvación, reflexionada desde la misma enseñanza de Jesús, la teología del Antiguo Testamento y el contacto con diversos sistemas filosóficos, se han ido desarrollando los actuales principios a los que ha llegado la doctrina católica.

Podríamos comparar las actuales expresiones dogmáticas a las fórmulas matemáticas a las que ha llegado un científico después de años de investigación. Lo que para él es evidente, pueden resultar jeroglíficos incomprensibles para la mayoría de la gente, que no ha seguido todo el proceso del científico. Por otra parte, el mismo científico sabe que no siempre sus fórmulas están correctamente expresadas ni llegan a «atrapar» con exactitud toda la realidad. Algo semejante puede pasar con una doctrina católica elaborada a lo largo de siglos.

El método deductivo (partir de las verdades ya definidas para llegar a sus consecuencias prácticas) puede servir para una expresión coherente de un cuerpo de doctrina, pero difícilmente puede valer para el testimonio misionero, que debe ofrecer las motivaciones y experiencias vitales sobre las que se construyó el cuerpo doctrinal. Para ello es necesario proceder de manera más inductiva y dialogante, de abajo hacia arriba.

El ser humano llega normalmente al conocimiento de las cosas, sobre todo, si se trata de algo que afecta a su vida personal, a través de la propia experiencia; conoce lo que ha tocado, gustado, oído, visto o pensado (cfr., 1 Jn. 1). Esta experiencia personal puede ciertamente ser ayudada por otras experiencias, que en un principio se nos presentan como «hipótesis», hasta que las asumimos como propias, después de un proceso de asimilación. Hasta que esto no sucede, esa «hipótesis» no se convierte en una «verdad» personalmente relevante y de la que podamos ser testigos autónomos. Es lo que le ha pasado a los vecinos de la samaritana que comenzaron acercándose a Jesús por el testimonio de ella, pero terminaron aceptándolo por propia convicción. «Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.»

La misión cristiana se entiende sólo desde la fe-experiencia de Jesucristo como salvador, es decir, como maestro y guía; como camino, verdad y vida; como el que perdona los pecados y abre el camino hacia el encuentro con el Abba, el Creador y Meta del devenir humano; como el que abre las puertas a la esperanza escatológica; como Aquél en quien se realiza la nueva alianza...

Cada creyente hace esta experiencia de salvación desde su propia realidad personal de crecimiento, de éxitos y fracasos y en un entorno cultural determinado, con sus propios límites y también con sus riquezas características. Muchos de los elementos que constituyen la experiencia de salvación en su realidad concreta, encarnada en una persona, son deudores de la propia constitución biológica del que hace la experiencia, de su historia personal, de la cultura en la que se desarrolla.

La experiencia de salvación es, por tanto, una experiencia limitada, perfectible, en proceso, que dista de ser absoluta o definitiva. Las doctrinas pueden ser absolutas, bien definidas en todos sus términos. Las experiencias humanas, en cambio, no están nunca totalmente definidas; permanecen siempre abiertas a nuevos aportes y enriquecimientos.

Nos parece importante destacar estas reflexiones para que quede claro que la experiencia de salvación, cuando es auténtica, está llena de gozo y plenitud, pero nunca de fanatismo u orgullo dogmático y excluyente; es más bien consciente de las sombras y dudas que la acompañan.

La vivencia de todos estos y otros muchos es la que Pedro transmite en su acción misionera fuera de su tierra natal, según el testimonio reflejado en el libro de los Hechos de los Apóstoles:

Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo. Como Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y como Él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con Él.¹⁶

Al partir de esa experiencia histórica de salvación, la percepción cristiana se hace realmente audaz y provocativa: el propio Dios no se reservó nada para sí mismo, sino que amó tanto al ser humano, que tomó la forma de hombre-esclavo (Fil. 2). Por eso la fe cristiana no es una propuesta más entre las religiones; lleva dentro de sí una raíz de radicalidad, que no se puede tomar a la ligera. O se desprecia y se rechaza o se convierte en una alternativa radical para toda la humanidad. Como dice el Vaticano II:

El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre... Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros... por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal. 2, 20)...

Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de manera invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina.¹⁷

¿Anula esta afirmación el valor de otros caminos y de otras propuestas humanas? De ninguna manera. Todo ser humano viene a este mundo con una misión propia, con un aporte que hacer a la salvación de la humanidad.

Lo que pasa es que, al acercarse a Jesús, el ser humano descubre que cambian radicalmente su relación con Dios (a quien aprende a llamar Abba),

16. Hech. 10, 37-39.

17. GS 22.

con los demás seres humanos (a quienes aprende a considerar hermanos y hasta a dioses: lo que hagan a uno de estos pequeños, a mí me lo hacen); se percibe a sí mismo como hijo y llamado a vivir la vida como un proyecto de amor; etc. Creemos que esa experiencia es válida para todos los seres humanos de cualquier raza o cultura. Es nuestro deber comunicarla.

Pero nadie puede afirmar esto si no lo mueve a ello el mismo Espíritu: «Nadie puede decir: Jesús es el Señor, si no es movido por el Espíritu.» (1Cor., 12, 3). Por ello nadie puede enorgullecerse del don recibido, sino acogerlo con sencillez, fe y gratitud, aunque la acción del Espíritu no contradice, sino que guía la búsqueda de todo ser humano. Por eso hemos de «dar razón de nuestra esperanza», dialogar con otros seres humanos y permanecer siempre abiertos a la acción del Espíritu en cada nuevo tiempo y lugar.

Ser misionero es, por tanto, intentar vivir y proponer este camino, desde la libertad y desde la humildad, como una manera de entender y vivir las relaciones humanas. Una manera ciertamente diferente de la que hoy se propone masivamente desde las instancias de poder y desde los que tienen más fácil acceso a los medios de comunicación de masas, pero no por eso menos conectada con las aspiraciones más profundas del ser humano de cualquier raza o condición.

7. ¿Es la Iglesia necesaria para la salvación?

Lo que sí parece seguro es que una humanidad que no se encuentre con Jesucristo pierde algo muy importante y que sin Iglesia es mucho más difícil acercarse a Jesucristo, a su Palabra luminosa, a su Reino. La Iglesia es un instrumento salvífico en las manos de Dios, aunque nunca podrá acaparar a este Dios, que está infinitamente más allá de ella.

La Iglesia es la comunidad escatológica que proclama y representa sacramentalmente el misterio de Cristo. Ella incorpora de manera eminente, visible y socialmente, la salvación cristiana; ella es la epifanía histórica de la gloria de Dios revelada en este misterio. En pocas palabras, la Iglesia es el signo eficaz en el que está contenido el misterio cristiano, en el que «subsiste» (LG 8) y es plenamente operativo.¹⁸

18. DUPUIS, JACQUES, *Jesucristo al encuentro de las religiones*, Ed. Paulinas, Madrid, 1991, p. 202.

La Iglesia no debe preocuparse de defender o de recabar para sí misma ningún papel especial. Lo que debe hacer es escuchar la llamada que se le hace, convertirse ella misma, afinarse y corregirse constantemente para ser fiel a la misión y al Reino. No tenemos derecho a negar a nadie este Reino, cuya noticia se nos ha regalado, incluso en medio de nuestro pecado y nuestro límite. Más bien tenemos el deber de ofrecerlo humilde y generosamente, sabiendo que no nos pertenece.

Pero no debemos olvidar nunca que el método misionero de Jesucristo es el de la kénosis, no el de la prepotencia; sólo desde la renuncia a la propia identidad es posible ser testigos de quien no se arrogó su pertenencia a Dios, sino que, siendo autor de la vida, llegó a aceptar incluso la muerte. En este sentido, la insistencia en que «fuera de la Iglesia no hay salvación», parece totalmente fuera de lugar. Si, como ha dicho McLuhan, el «medio es el mensaje», la manera de anunciar una verdad puede quitarle valor a esa supuesta verdad. Un anuncio de salvación hecho con arrogancia, deja de ser tal. Jesucristo no nos reveló a Dios desde la prepotencia, sino desde la encarnación, la cruz y la resurrección, por obra del Padre.

8. Llamamiento a la conversión

En definitiva, la Iglesia -en cuanto comunidad de creyentes- es un lugar para recibir la llamada a la conversión para nosotros mismos y para cualquiera que quiera escucharla; una llamada a la conversión que es un camino de vida, no de muerte; de salvación, no de condenación; de plenitud, no de fragmentación.

A los hombres de hoy, como a los de cualquier época, se les invita a hacer una opción entre la vida y la muerte, como lo hizo Moisés con su pueblo. El cardenal Martini, arzobispo de Milán, hace una traducción de un conocido texto bíblico a nuestro hoy, en los siguientes términos:

Yo pongo ante tí vida y felicidad, muerte y desgracia, porque te mando amar al Señor tu Dios, cuyo rostro auténtico se ha revelado en su Hijo Jesús, y caminar por los caminos por los que transitó Jesús. Te mando que observes las bienaventuranzas, las normas emanadas del Sermón de la Montaña, para que vivas y te multipliques, o sea, para que surja la Iglesia, y que tu Dios te bendiga en el país cuya posesión vas a tomar, o sea, para que surja la nueva Jerusalén, la nueva humanidad. Este es el camino de la vida. Pero si tu corazón se vuelve atrás, como el que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás; si no me escuchas, sino que, por el contrario, te prosternas ante el poder, ante la ambición y las riquezas, rechazando el camino

de la vida, yo te declaro hoy que pereceréis -cristianos, judíos, griegos, musulmanes o budistas, etc.-, que no tendréis vida larga y que entraréis en la tierra de la frustración, de la desesperación y de la desilusión...»¹⁹

La humanidad del siglo XXI tendrá que hacer opciones de vida o de muerte. El deber de los seguidores de Jesús es poner el tesoro recibido a disposición de quien lo necesite y quiera recibirlo. El Evangelio de Jesús es un tesoro que no nos pertenece. No es un privilegio que nos podamos arrojar, sino una urgencia. Como dice Juan Pablo II, en la conclusión de su encíclica misionera:

Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo.²⁰

19. MARTINI, CARLO, *Ordenar la propia vida*, Narcea, Madrid, 1994, p. 136.

20. RM 92.

